

MICHAEL WILDT Y KATRIN HIMMLER

HIMMLER

SEGÚN LA CORRESPONDENCIA
CON SU ESPOSA
(1927-1945)

Traducción de Pepa Cornejo Parriego

taurus historia



ÍNDICE

<i>Introducción</i>	9
<i>Agradecimientos</i>	29
CARTAS 1927-1928	31
CARTAS 1928-1933	107
CARTAS 1933-1939	179
CARTAS 1939-1945	205
<i>Epílogo</i>	319
<i>Anexos</i>	
<i>Bibliografía y fuentes</i>	325
<i>Glosario de personas</i>	343
<i>Certificado de autenticación</i>	383

INTRODUCCIÓN

En la primavera de 1945, nada más terminar la guerra, un oficial de la inteligencia estadounidense se topó en Gmund am Tegernsee con dos soldados compatriotas que al parecer habían saqueado unos *souvenirs* en la casa Lindenfycht, el domicilio privado de Heinrich Himmler. El primero, que era historiador, reconoció al instante lo que aquellos dos tenían entre manos y trató de comprarles el hallazgo. Uno de ellos accedió, y el oficial se hizo así con un legajo de documentos privados de la familia Himmler, que incluía, por ejemplo, los diarios manuscritos de un joven Himmler desde 1914 a 1922. El otro soldado, en cambio, prefirió no vender sus tesoros y prosiguió su camino. El oficial envió los diarios y el resto de papeles a casa y les hizo caso omiso hasta que en 1957, durante una conversación con su amigo Werner Tom Angress, un historiador judeoalemán, se acordó del material y se lo entregó a Angress para que determinara su valor histórico. Este, con la ayuda de un joven colega, Bradley F. Smith, transcribió los manuscritos y en 1959 los dos anunciaron el descubrimiento en un artículo publicado en la revista *The Journal of Modern History*¹.

¹ Werner Tom Angress (1920-2010) siempre contó esta historia; en una nota al pie de página en el artículo que redactó junto a Bradley F. Smith escribió unas pocas palabras: «Diarios de los primeros años de Heinrich Himmler» (*The Journal of Modern History*, tomo 31, núm. 3, septiembre de 1959). Para más información sobre Werner

Existen otras interpretaciones de esta historia, historia que al fin y al cabo quedará sin aclarar, ya que resulta bastante improbable que se pueda localizar a los dos soldados. Tiempo más tarde, Angress cedió los diarios, junto a los otros documentos, a la Hoover Institution on War, Revolution and Peace de la Universidad de Stanford, en California, que los puso a disposición del público. Durante años esta «colección de Himmler», que incluye las cartas de Marga Himmler a su esposo, constituyó una mina para los estudiosos. Tras largas negociaciones, a mediados de la década de 1990, el archivo federal de Coblenza adquirió de la Hoover Institution los originales, que ahora se conservan como «el legado de Himmler».

A principios de la década de 1980 aparecieron en Israel otros escritos privados de la familia Himmler; huelga decir que se trataba de los «recuerdos» de los que el segundo soldado no había querido desprenderse. Este material comprende en torno a doscientas cartas del líder nazi a su esposa escritas entre 1927 y 1945, grabadas en microfilmes, además de los diarios de esta —asimismo filmados— desde 1937 a 1945, cuyo original pertenece en la actualidad al United States Holocaust Memorial Museum en Washington. Entre los papeles hallados en Israel se encontraba el carné de Marga que la acreditaba como militante del NSDAP (Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, en sus siglas en alemán), su diario de adolescente entre 1909 y 1916, el diario que escribió sobre los primeros años de su hija, Gudrun, un álbum de poesías de la niña y el diario de esta entre 1941 y abril de 1945, aparte de varios cuadernos de Marga con anotaciones sobre gastos del hogar, regalos de Navidad y recetas de cocina, el historial y los certificados de las Juventudes Hitlerianas de Gerhard von der Ahé, el niño que vivió con ellos en acogida, y numerosas fotos privadas, unas sueltas, otras recogidas en un álbum.

Tom Angress, véase su publicación: ... *immer etwas abseits. Jugenderinnerungen eines jüdischen Berliners, 1920-1945* (Siempre al margen: recuerdos de juventud de un judío berlinés, 1920-1945), Berlín, 2005.

Cómo llegaron estos materiales a Israel continúa siendo una pregunta sin respuesta. Quien los tuvo en su poder durante largo tiempo, un superviviente del Holocausto, los habría conseguido —según una versión— a finales de la década de 1960 en un mercadillo en Bélgica y, de acuerdo con otra, en México de manos de la antigua secretaria de Karl Wolff, amigo íntimo de Himmler, y los habría atesorado durante años. Un realizador israelí habría tenido la intención de rodar una película sobre la vida de Himmler, pero su temprana muerte truncó el proyecto. En varias ocasiones se habló sobre la posibilidad de vender los documentos al archivo federal de Coblenza. Quizá por ello esta institución realizó en 1982 y 1983 un amplio peritaje a fin de autentificarlos y concluyó que, sin lugar a dudas, se trataba de escritos auténticos. Aunque no pudieron contar con las misivas originales de Himmler, se pudo determinar de forma inequívoca su legitimidad, tanto por la letra como por el cruce —temporal y de contenido— de sus cartas con las de su esposa². Desde entonces el material ha pasado a ser propiedad de la realizadora de documentales israelí Vanessa Lapa, que rodó con ellos su película *Der Anständige* (El decente), presentada en el Festival de Cine de Berlín de 2014, en la que se exhibieron por primera vez al público estos escritos, ocultos hasta entonces³.

Estas dos colecciones representan, por tanto, tal enorme corpus de documentos privados de Himmler como no existe de ningún otro miembro de la dirección de las SS. Hitler, como es sabido, no legó para la posteridad ni diario ni notas privadas; Hermann Göring, el dirigente nacionalsocialista de mayor rango de los que en 1945 y 1946 se sentaron en el banco de acusados

² Dictamen pericial del archivo federal de Coblenza, Gesch. Z. III 2-42111/Himmler. Director del archivo, dr. Josef Henke, del 12 de marzo de 1984. En un texto posterior del 18 de febrero de 1997, el dr. Henke ratifica que «no hay razón alguna para dudar de la autenticidad del material conservado en Tel Aviv».

³ Los documentos originales se encuentran en Tel Aviv y, tras la conclusión de la película de Vanessa Lapa, se entregaron a un archivo para que pudieran ser registrados y estar a disposición de los interesados y de la comunidad científica.

en Núremberg, solo dejó huella escrita en los documentos oficiales del Tercer Reich; y Joseph Goebbels redactó un megalómano diario de varios miles de páginas que, ante todo, dejaba constancia de su papel político como líder nazi y que se concibió como fuente para publicaciones futuras; Himmler, en cambio, es la figura del régimen hitleriano mejor documentada en cuanto a su vida privada se refiere.

Las cartas que aquí se publican por primera vez entre Himmler y su esposa Marga completan una dilatada correspondencia desde su primer encuentro en 1927 hasta el término de la guerra en 1945. Las más tempranas resultan extraordinariamente banales; en ellas nada indica que el Himmler de 1927 se transformaría con el tiempo en un asesino de masas. Dos simples personas —un funcionario del NSDAP y una enfermera divorciada— se conocen a finales de la década de 1920 y proclaman su amor en numerosas cartas. Contraen matrimonio, se construyen una granja en el campo, se convierten en padres de una niña y, luego, en los de un niño en acogida. Durante los años siguientes el esposo se halla casi siempre de viaje por motivos de trabajo; la esposa, mientras, permanece en casa al cuidado de los hijos, el hogar y la hacienda. Con el tiempo los mensajes se adornan cada vez menos: el hombre se dedica a su carrera; los cónyuges intercambian sus preocupaciones cotidianas; se telefonean casi a diario, incluso cuando el marido tiene desde hace tiempo una amante con la que ha concebido otros hijos. Hay alusiones vagas a la guerra entre sus líneas. Ella escribe sobre los bombardeos nocturnos en Berlín; él, sobre el «mucho trabajo» que tiene en el frente del Este. Cuando Himmler al fin comprende que la guerra se ha perdido, concluye la relación epistolar con una carta de despedida.

Por muy anodino que pueda resultar este esbozo, una lectura detenida permitirá discernir cuánto dejan entrever estas triviales cartas entre Heinrich y Marga Himmler sobre sus percepciones, sobre cómo se veían a sí mismos y sobre su ideología. Estos escri-

tos no son en modo alguno banales e inofensivos. Incluso la discrepancia entre la crueldad —prácticamente silenciada— de la vida cotidiana y el idilio que se juraban en sus misivas se diluyen en el conjunto de la correspondencia, al igual que también la violencia y la falta de empatía se vuelven visibles en la rutina pequeñoburguesa de los Himmler.

Heinrich Himmler nació el 7 de octubre de 1900 en Múnich. Fue el segundo hijo del profesor de secundaria Gebhard Himmler y su mujer Anna. Creció, junto a sus hermanos Gebhard y Ernst, en un ambiente burgués. Los tres chicos recibieron una amplia formación humanista; en su educación desempeñaron asimismo un importante papel virtudes tales como la obediencia y el cumplimiento del deber. Después de que su deseo de llegar a ser oficial se malograra con el fin de la Primera Guerra Mundial, Himmler estudió Agronomía y enseguida se implicó como orador en el movimiento popular que más tarde se conocería como nacionalsocialismo. En 1929 asumió el cargo de *Reichsführer-SS* y a partir de 1930 ocupó un escaño de diputado en el Reichstag. Desde 1936, tras la llegada al poder de los nacionalsocialistas, estuvo al mando de toda la Policía alemana; fue, pues, el responsable del terror, la persecución y el aniquilamiento de los judíos europeos. En 1939 se le designó comisario político del Reich para el Fortalecimiento de la Reserva Étnica Alemana, lo que le situó al frente de la organización de los gigantescos planes de reasentamiento de la población alemana y, por ende, de exterminio tanto en el este como en el oeste de Europa. En 1943, hacia el final de la guerra, ascendió a ministro del Interior y en 1944, a jefe del ejército de reemplazo. Tras ser detenido, acabó con su vida el 23 de mayo de 1945.

Marga Siegroth, cuyo apellido de soltera era Boden, nació el 9 de septiembre de 1893 en la localidad pomerana de Goncer-

zewo (actual Goncarzewy) bei Bromberg (Bydgoszcz), hija del terrateniente Hans Boden y de su mujer Elfriede. Creció junto a dos hermanos y tres hermanas. Durante la Gran Guerra perdió a su hermano mayor, se formó como enfermera y trabajó en hospitales militares. Contrajo matrimonio en 1920. Tras su fracaso matrimonial, a partir de 1923 se empleó como enfermera jefe en una clínica privada en Berlín, de la que, gracias a su padre, era socia. Tras su boda con Himmler ingresó en el NSDAP, dio a luz en 1929 a la única hija en común, Gudrun, y desde 1933 cuidó, además, de un niño en acogida. Tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial trabajó como jefa de la Cruz Roja alemana en Berlín y viajó por los países ocupados en Europa. Cuando terminó la contienda, fue detenida junto a su hija; vivió después en Bielefeld, y luego en Múnich, en casa de Gudrun, donde falleció el 25 de agosto de 1967.

Heinrich Himmler y Marga Siegroth se conocieron el 18 de septiembre de 1927 en un viaje en tren entre Berchtesgaden y Múnich. Marga había pasado unas vacaciones en Berchtesgaden y Heinrich se encontraba allí por motivos laborales. Con su cabello rubio y sus ojos azules satisfacía sin duda el ideal de mujer de aquel, si bien es cierto que en otros muchos aspectos eran asimismo muy similares: su rechazo a la democracia y el odio al «sistema de Berlín», su antisemitismo («la escoria judía») y su desprecio por la humanidad («los seres humanos son falsos y malos»). Pronto comenzaron a compartir sueños de una vida rural en común, no solo porque quisieran aumentar el modesto sueldo que le daba el partido a Himmler con una granja dedicada a la cría de ganado, sino porque de este modo personificaban la idealización nazi del «retorno a la tierra». El «bonito y limpio hogar» que deseaban levantar debería ser al mismo tiempo un «castillo seguro» del que anhelaban mantener alejada la «suciedad» del mundo exterior.

Llama la atención, sin embargo, lo que se echa de menos en estas cartas tempranas: ni Heinrich ni Marga muestran verdade-

ro interés el uno por el otro. No hay preguntas sobre la vida cotidiana, la familia, el pasado o la nostalgia por el otro; en ocasiones se mencionan experiencias o conversaciones «altamente interesantes», sin que lo «interesante» de las mismas llegue a concretizarse; esto es, predomina por ambas partes la falta de curiosidad y empatía. El amor mutuo se manifiesta mediante fórmulas estereotipadas y redundancias infinitas, que al mismo tiempo se combinan con exigencias desmesuradas y egocéntricas («no lo olvides, solo me perteneces a mí»). La carta diaria del otro es para ambos más importante que su contenido, siempre igual; de hecho, es esta redundancia lo que les permite alcanzar un entendimiento. No se admiten las dudas que surgen de vez en cuando sobre esta unidad ya que no encajan en el estrecho mundo en el que ambos se mueven («tenemos que ser de la misma opinión, no puede ser de otro modo»). Ninguno está en condiciones de expresar en qué se basa la atracción recíproca. Los sentimientos se expresan en el mejor de los casos con sentimentalismo («obsequiado con tanto amor y tanta bondad»); en sus escasos encuentros antes de la boda se armaban de revistas de pasatiempos a fin de hacer frente a la amenaza del aburrimiento.

Las cartas dejan clara constancia de que Himmler vivió y manejó de forma consecuente su convicción ideológica a lo largo de los años: desde 1924 su principal objetivo fue contribuir al éxito del movimiento nacionalsocialista, para lo que, en primer lugar, se implicó como incansable orador y, luego, mediante la construcción de estructuras y redes en todo el Reich. En modo alguno fue solo el insignificante secretario de un partido minúsculo que sufría continuas penurias económicas y que solo después de 1933 comenzó de pronto a hacer carrera. Más bien se muestra la importancia de su posición en la formación política y su cercanía a Hitler ya en la década de 1920. Himmler organizaba las apariciones como conferenciante de aquel y viajaba con él con frecuencia («estoy de viaje con el jefe»); él mismo fue

durante años uno de los oradores del partido que, en su calidad de licenciado en Agronomía, sobre todo agitaba las zonas agrícolas, de gran importancia para el NSDAP. Tejió, además, junto con las unidades de la SA y las SS, las estructuras y los contactos personales en los que pudo apoyarse después de 1933 para construir el poderoso aparato del terror que formaron las SS, la Policía y la Gestapo.

Himmler describía su trabajo con cierto romanticismo como una «lucha»; en las cartas a Marga se perfilaba como un lansquenete*, deseaba marcar distancias con el típico «pequeño burgués aburrido». Durante el largo periodo que duró la correspondencia y la temprana mención de personas que más tarde pertenecieron a equipos clave en el régimen nacionalsocialista, resulta obvio en qué medida el futuro dirigente nazi siempre se movió entre individuos similares y el papel fundamental que jugaron los contactos de los «antiguos camaradas» en las carreras posteriores de todos ellos. Su camarilla dentro del movimiento era inseparable de su vida privada; ya antes de la boda se relacionaba casi solo con personas de ideología nazi. Después, con el «retorno a la tierra» encarnó —también en su cotidianidad familiar— el ideal que promulgaba en sus discursos y por eso, antes del ascenso al poder de Hitler, se afilió a la organización étnico-populista llamada Liga de los Artamanes.

Marga tampoco fue una esposa apolítica. Tras la boda ingresó en la agrupación local del NSDAP en Waldtrudering bei München, que había fundado su marido. Muy pronto pudo anunciarle con orgullo que su hogar era «el punto de reunión de todos los nacionalsocialistas». Desde casa, seguía con interés el desarrollo político («cuánto me gustaría estar en todos los grandes acontecimientos»); en 1928 comenzó a leer con regularidad la publicación del partido, el *Völkischer Beobachter*, y hasta busca-

* Los lansquenetes eran mercenarios alemanes que sirvieron en Francia en los siglos xv y xvi. [N. de la T.]

ba a sus criadas en las páginas de anuncios del demagógico periódico. Algunas veces logró convencer a su esposo de que la llevara consigo en sus viajes.

Los años anteriores a la toma del poder por los nazis, el matrimonio vivió en un mundo de semejantes con los que compartían el desprecio por la democracia y el antisemitismo, la fe en la victoria del movimiento nacionalsocialista gracias a la lucha continua y la convicción inmutable de su propio orgullo desmesurado.

La información sobre la rutina cotidiana que ofrece el intercambio de correspondencia durante los primeros años de convivencia apenas contiene algo más que una enumeración sin interés de hechos y nombres. Así y todo resulta obvio que Marga sufría con la frecuente ausencia de su marido. Himmler casi no tenía tiempo de preocuparse por su hacienda. En las cartas que enviaba desde todos los rincones de Alemania lamentaba que su mujer, primero embarazada y después con la pequeña, había de ocuparse de todo el pesado trabajo ella sola. Pero al mismo tiempo, la necesidad de sus prolongadas ausencias era cada vez más indiscutible, máxime cuando a partir de 1930 no solo debía estar con frecuencia en Berlín como diputado del Reichstag, sino porque su escaño le permitía viajar de forma gratuita en tren y el partido le requería cada vez más como conferenciante.

Del periodo transcurrido entre los años 1933 y 1940 se conservan pocas cartas de Marga y ninguna de Heinrich. En este tiempo, este hizo carrera como jefe de la Policía alemana, las SS y la Gestapo; la familia adquirió la casa Lindenfycht en Gmund y estableció una residencia oficial en Berlín, que en 1937 trasladaron a la villa Dohnenstieg en Berlín-Dahlem. De su vida privada solo descubrimos algunos datos en los diarios que redactaba Marga sobre su hija Gudrun y Gerhard, el niño que habían acogido, así como de los recuerdos —escritos después de la guerra— de la hermana de Marga, Lydia Boden, que desde 1934 vivió en Gmund con los Himmler y atendía a los pequeños cuando sus progenitores se encontraban en Berlín. El diario infantil

concluye en 1936; al año siguiente Marga comenzó a escribir el suyo propio con datos sobre su nueva vida social, que agradecía al ascenso de su marido y de la que disfrutaba con gusto, por ejemplo, cuando invitaba a tomar el té o a jugar al bridge a las damas pertenecientes a la alta sociedad, o cuando estas a su vez la convidaban a sus cenas. Por lo general, no averiguamos más que los meros hechos: qué personas estaban presentes en qué acontecimiento y, en el mejor de los casos, descubrimos que «fue muy agradable». Además de contener información sobre detalles irrelevantes y ofrecer un retrato de Marga como una mujer burguesa estrecha de miras, en estos diarios podemos adivinar otra cosa: su orgullo por la proximidad al poder («estuvo bien hablar con tranquilidad con el Führer»), su convicción de pertenecer a la nueva élite de manera justificada («soy de la opinión que me he ganado yo sola un lugar bajo el sol») y su aprobación de la persecución despiadada de aquellos considerados «enemigos de Alemania», como cuando desea, por ejemplo, para estos «vagos» criados: «Por qué no poner a esta gente entre rejas para que trabajen hasta que mueran»; o cuando tras el pogromo del 9 de noviembre de 1938 escribe con impaciencia: «Este asunto de los judíos, cuando esa escoria desaparezca podremos tener una vida feliz».

Durante la Segunda Guerra Mundial Heinrich Himmler apenas permaneció en Berlín o Múnich, sino que, al igual que otros miembros de la dirección nacionalsocialista, vivió sobre todo en diferentes *Sonderzügen*, trenes especiales que hacían las veces de cuarteles generales, en las cercanías de los cambiantes escenarios de las batallas. En la primavera de 1940, durante la campaña del frente occidental, estuvo dos meses a bordo del *Sonderzug* y el resto del año en Berlín; con la guerra de exterminio entablada contra los soviéticos, este centro de control móvil fue defini-

tivamente su hogar. Tan solo unos pocos días después de la invasión de la Unión Soviética, en junio de 1941, Himmler toma su tren especial y se instala en las proximidades de Angerburg, en Prusia Occidental, donde también se encontraba la Guarida del Lobo de Hitler. A mediados de 1942, cuando el Führer fijó su cuartel general en Vinnytsia, en Ucrania, se ubicó otro mando de control en Zhitomir bajo el nombre en clave de Hegewald. Himmler regresó en los años que siguieron a Berlín o Múnich durante breves periodos de tiempo; su lugar de residencia principal se hallaba en el este.

Cuando estalló la contienda, Marga trabajó de nuevo como enfermera y con frecuencia hubo de ausentarse varias semanas en Berlín, convencida de que «si todo el mundo colabora, la guerra terminará pronto». No cabe pensar que solo desempeñaba tareas femeninas y «apolíticas»; como jefa de la Cruz Roja alemana, supervisaba numerosos hospitales militares y viajaba junto a otros funcionarios de la organización a los países europeos ocupados para supervisar de primera mano el trato que recibían los soldados compatriotas, así como el reasentamiento del pueblo alemán que organizaba su marido.

Se conservan numerosas cartas entre los cónyuges fechadas a partir de 1941, pero desde 1942 solo nos han llegado misivas del líder nacionalsocialista con alusiones frecuentes a las escritas por su esposa. Durante el conflicto bélico Himmler telefoneaba cada dos o tres días a Muñequita, su hija Gudrun, que permanecía en Gmund y casi a diario a Marga, cuando esta se encontraba en Berlín.

En contra de la conclusión que establecen diferentes estudios de que el matrimonio se había roto antes, lo cierto es que Himmler en absoluto se limitó solo a mantener el contacto con su hija en Gmund. Las cartas y los documentos relacionados muestran, además, la unión de los Himmler en cuanto a su antisemitismo y racismo («los polacos», «la indescriptible mierda»), su fe incondicional en Hitler y su entusiasmo por la contienda

(«la guerra avanza de forma magnífica. Todo se lo debemos al Führer»). Himmler seguía preocupándose por la salud de Marga, consideraba importante que esta leyera sus discursos y le enviaba dulces, mientras que ella le hacía llegar tartas caseras a sus diferentes ubicaciones. Bien es cierto que la colaboración de Marga con la Cruz Roja fue objeto de continuo enfrentamiento con su marido, que prefería verla en Gmund junto a su hija, aunque ella logró imponer su voluntad: «Sin trabajo no podría estar en la guerra», afirmaba.

La confianza entre ellos tampoco se alteró cuando Himmler comenzó, en las Navidades de 1938, una relación secreta con su secretaria privada, Hedwig Potthast, 12 años más joven, con la que engendró dos niños durante la guerra. Es cierto que Marga lamentaba ya en 1940 que su marido «no estaba en casa ninguna noche». Las cartas de este a partir de 1942 son a menudo unas breves y rápidas misivas que entregaba a un adjunto a quien también proveía de regalos para ella. Así y todo, invertía considerable esfuerzo —económico y de tiempo— en obsequiar a su hija y a su mujer con ramos de flores, dulces y cosas útiles, como papel de todo tipo, cosas difíciles de conseguir en los años de combates. A su primera familia se sentía igual de cercano que antes, como cuando en 1944 mostró su disgusto al ser las primeras Navidades que no celebraría con ellas, o cuando acordaba por teléfono con su mujer e hija que encendieran el *Julleuchter** en Berlín y en Gmund, respectivamente, al mismo tiempo que él en el cuartel general de campaña, a fin de que «pensaran los unos en los otros» y poder así fortalecer su unión.

Las numerosas y breves visitas a Gmund y Berlín que Himmler anotó en sus agendas revelan que, durante los años de la contienda, vio a Marga y Gudrun casi con la misma frecuencia que le

* Candelabro de Yule, especie de portavelas místico de forma piramidal que Himmler adaptó al gusto del momento para las SS, con el fin de celebrar la fiesta del solsticio (ver carta del 15 de mayo de 1943). [*N. de la T.*]

dedicaba a Potthast y a los hijos habidos con ella, que en un principio vivieron en Mecklemburgo en las cercanías del sanatorio de Hohenlychen, perteneciente a las SS, y más tarde en Schönau bei Berchtesgaden. Himmler había tomado la decisión de tener descendencia con su amante ya en 1939 y 1940, cuando con su decreto de procreación exhortaba al público a engendrar niños ilegítimos, incluso, de ser necesario, con una segunda relación. De existir esta especie de «concubinato», la esposa oficial debería conservar todos los derechos. Himmler, por tanto, vivía, en cuanto que sus cargos y la guerra se lo permitían, el concepto de las dos familias que también propagaba para sus SS con total convicción. La afirmación del amor estereotipada hasta el extremo y la falta de emociones de Himmler, que se detectaron con claridad en las primeras cartas a Marga, las encontramos de nuevo en una misiva que ha llegado hasta hoy dirigida a su amante. No solo se asemeja al estilo y contenido de la correspondencia temprana con su esposa, sino que los comentarios finales son incluso idénticos a aquellos que había escrito dieciséis años atrás a Marga: «Te beso tus queridas y hermosas manos y tu dulce boca». A Marga le costaba, al contrario que a otras esposas del entramado de las SS, como podría ser Gerda Bormann, aceptar a una «concubina». Su descontento solo lo insinuó en su diario («sobre lo que también ocurre aparte de la guerra no puedo escribir»). Como estaba igual de influida por la ideología nacionalsocialista que Himmler, y por tanto con la premura de engendrar niños «para Alemania», no podía poner objeciones a la decisión de su marido. No obstante, consideraba la situación sin duda humillante, no solo porque juzgara el engaño como una traición a una unión que antaño ambos habían idealizado tanto, sino también porque tras el complicado nacimiento de su hija no podía concebir más niños.

El abominable día a día de Himmler durante la guerra se menciona en las cartas a su mujer solo de forma somera («las batallas son ahora incluso para las SS muy duras»). Se deleitaba haciendo hincapié, como también ocurría antes, en su enorme

«cantidad de trabajo» («hay mucho trabajo por hacer») y enviaba fotos candorosas de sus breves desplazamientos a lo largo del frente del Este («incluyo un par de fotos de mi último viaje a Lublin, Lemberg, Dubno, Rowno, Luck»). Solamente el contexto histórico nos revela que los viajes que él menciona no solo se debieron a sus tareas como comisario de reasentamiento y los consiguientes planes de expulsión y traslado («el viaje al Báltico ha sido muy interesante; el trabajo es enorme»), sino que con frecuencia le llevaban hasta las unidades de las SS que, justo después de la invasión de la Unión Soviética, asesinaron en masa a hombres, mujeres y niños judíos («mi viaje se dirige ahora a Kowno, Riga, Vilna, Mitau, Dünaburg, Minsk»), o a partir de 1941 y 1942 a los campos de concentración («en los próximos días estaré en Lublin, Zamosch, Auschwitz, Lemberg»).

En el último año de guerra, cuando Himmler no solo era ministro del Interior sino también comandante del ejército de reemplazo y jefe militar del Ejército, se lamentaba delante de su mujer por las cada vez más competencias que le pesaban «sobremanera». Con todo, ante Marga se presentó hasta el final como un hombre alegre y optimista, con un gran espíritu emprendedor, quien, pese a su mal estado de salud y sus problemas estomacales crónicos, se echaba al hombro de forma «desinteresada» cada vez más carga puesto que la consideraba un «servicio al pueblo alemán» necesario. El orgullo de su mujer por su creciente responsabilidad se refleja en su diario («qué magnífico que esté destinado a hacer tareas tan grandes y que pueda dominarlas»). Asimismo, referencias a su «incansable diligencia» y a «la dificultad» de su labor comienzan a aparecer con creciente frecuencia en el diario de Gudrun: «Todo el pueblo le observa. Él se mantiene en un segundo plano siempre, no se da importancia». La «gran responsabilidad» del padre obviamente no solo fue un tema de conversación entre madre e hija, sino que también surgió en las llamadas telefónicas entre esta última y el padre. La ausencia continuada del progenitor le convertía en un héroe lejano a ojos

de Gudrun, quien, pese a sus preocupaciones al respecto, estaba orgullosa de él y de ser «la hija de un señor tan importante», de cuyas verdaderas actividades apenas si sabía algo.

Sin embargo, tras la fachada de pequeñoburgués se distinguía una violencia y severidad cuyo origen se hallaba, por un lado, en la pedagogía negra, que ejerció una gran influencia tanto en Heinrich y Marga como en toda su generación, y por otro, en la ideología nacionalsocialista que valoraba la violencia, la severidad y la falta de piedad en todos los aspectos de la vida como virtudes fundamentales. La severidad con uno mismo «justificaba» una actitud igualmente implacable ante los demás, en especial con los propios hijos.

Por lo que respecta a Gudrun, esta actitud resulta evidente sobre todo en las anotaciones de Marga de los primeros años: el rígido entrenamiento en el uso del orinal, los golpes de los padres cuando desobedecía, el trato severo que Himmler le dispensaba a la pequeña («al papá le obedece mucho más que a mí»). Cuando acogieron al niño Gerhard a la edad de cuatro años, Marga confía en que este sea un buen ejemplo para su hija de tres: «El niño es muy obediente, ojalá que Muñequita lo aprenda rápido». El entusiasmo inicial por la honradez del niño decayó pronto, puesto que sus frecuentes travesuras ponían en su contra a sus padres, sus maestros y otras autoridades. Gudrun, en cambio, que rogaba a su madre que no informara a su padre cuando había «preparado» alguna, parece ser que satisfizo las expectativas que en ella se habían depositado. Pese a que a menudo estaba enferma y tenía malas notas en el colegio, para sus padres era, por otro lado, un motivo de orgullo que Muñequita ayudara «durante horas en la cocina», que hiciera a mano regalos para los soldados del frente y que gustara de lecturas con la correcta ideología, las que Himmler les enviaba con regularidad a su mujer e hija en paquetes.

El comportamiento de Marga y Heinrich para con Gerhard era, con mucho, menos afectuoso y, a medida que crecía, fue

aún más severo con la clara intención de prepararle desde niño para su futuro papel como soldado. En los documentos que complementan los diarios y los recuerdos personales del muchacho, queda manifiesto que durante años temió la visita de Himmler a Gmund, ya que este le castigaba con golpes brutales, lo que no impedía que a veces quisiera que le acompañara a pescar, como recuerda: «También podía ser un padre normal». Marga comenzó pronto a despotricar contra él («miente lo increíble»), describía al crío de diez años como «ladrón por naturaleza». Finalmente, Himmler aconsejó a su mujer que durante un tiempo no firmara las cartas al niño con «madre» «para ver si así mejoraba», y si así era, podría volver a hacerlo más adelante. Poco antes del final de la guerra envió a Gerhard, entonces de dieciséis años, a formarse con las SS en una división de acorazados, lo que supuso que el muchacho recuperara de nuevo la aprobación de Marga («es muy valiente y está muy contento en las SS»).

Himmler, por tanto, se muestra en las cartas a su familia no solo como un marido y un padre preocupado, sino también como un preceptor nacionalsocialista implacable, en lo que contó con el beneplácito de su mujer en todo momento. Se albergaron grandes expectativas en ambos niños, en el chico —como luchador futuro— con una determinación mucho mayor que en la niña. La obediencia era el precepto fundamental, un comportamiento incorrecto conllevaba castigos hasta incluso la privación de amor, una forma de violencia que para la capacidad de empatía era, sin duda, igual de destructiva que una paliza.

En estas cartas Heinrich Himmler se presenta como un criminal por convicción. No tenía que dividir su yo: Himmler no era al mismo tiempo Dr. Jekyll y Mr. Hyde. En absoluto separaba de su

vida privada sus actividades como jefe de las SS y ejecutor de la política de exterminio, y no trató de ocultar el genocidio. Tampoco alardeaba de ello ante su mujer, sino que entendía los asesinatos masivos como un deber necesario que le había sido impuesto y que debía llevar a cabo con meticulosidad.

Sus misivas no transmiten la impresión de duda, de remordimiento, ni que tal vacilación se la hubiera transmitido a su mujer. Más bien ambos se sabían aliados en la «autenticidad» y la «necesidad» de su labor. Marga no solo había compartido desde el principio el antisemitismo y racismo de Himmler, sino que después de la toma de poder había aprobado asimismo la expulsión de comunistas, judíos y «asociales» de la comunidad nacionalsocialista. Habida cuenta de su proximidad al poder, la creciente radicalización en cuanto a la persecución de los judíos, desde su expulsión a su asesinato sistemático, no se le pudo haber escapado, aun cuando su marido no soliera hablar con ella sobre eso. Tanto en sus cartas como en sus anotaciones privadas no se percibe ningún atisbo de desconfianza sobre la razón de ser de la labor de él. No es la «banalidad del mal» lo que emerge en estos escritos. Himmler de ningún modo fue, como Hannah Arendt equivocadamente creyó reconocer en Adolf Eichmann, una mera ruedecilla en un engranaje totalitario con diferentes tareas, una persona incapaz de formarse una idea de lo que ocasionaba su trabajo. A Himmler le gustaba lo que hacía y quería hacerlo con minuciosidad, confianza y «decencia».

«La mayoría de vosotros sabéis lo que significa cuando hay tendidos cien cadáveres, o quinientos, o mil. Haber pasado por eso y —salvo las excepciones producidas por la debilidad humana— haber seguido siendo decentes es lo que nos ha endurecido. Esa es una página de gloria en nuestra historia que nunca se ha escrito y que nunca se escribirá». Esto constituye el núcleo del primero de los dos célebres discursos que Himmler pronunció en Poznan el 4 de octubre de 1943. Perpetraba los asesinatos en masa con la misma moral y convicción con las que años antes

había velado por la conducta de vida de sus hermanos y amigos, las mismas con las que educó a sus propios hijos y en las que, como se desprende de su correspondencia, estaba de acuerdo con su esposa. No se trata de deformación psíquica, más bien de convencimiento e «integridad moral», como han destacado con acierto Raphael Gross y Werner Konitzer, lo que hacía posible para Himmler hasta el genocidio, cuando a sus ojos era necesario.

Esta deformación de la normalidad, la violencia que se oculta tras la inocencia, la frialdad con la que se acompaña la preocupación superficial y la autoconvicción moral e imperturbable incluso de la necesidad de matanzas se trasluce en esta correspondencia. La «integridad moral» y el cumplimiento del deber, aun cuando con ello se perpetraran los crímenes más monstruosos, fueron las directrices que guiaron la labor de Himmler. Deseaba ser un modelo a seguir, como esposo y como jefe de las SS, como padre de familia y como ejecutor de la «solución final». En estos textos se manifiesta el arrojo de un matrimonio alemán que creía estar participando en «grandes tiempos» y que es incapaz de reconocer que, en verdad, se trata de grandes crímenes. Si estas cartas en algún momento provocan la risa, en el fondo hay que temer su aparente normalidad pequeñoburguesa.

La correspondencia entre Heinrich y Marga Himmler desde 1927 a 1945 constituye el núcleo de esta edición. Las cartas manuscritas de Heinrich correspondientes a la colección encontrada en Israel, así como las de Marga conservadas en el archivo federal de Coblenza, se transcribieron por completo y aquí se publican tal y como estaban en el original, esto es, con la ortografía imperante en aquel entonces y con las faltas de gramática y ortografía que contienen. Sin embargo, se incluye solo una selección. Sobre todo en cuanto a las datadas en el año

1928, hemos tenido que limitarnos a un número determinado puesto que las misivas del periodo en que se conocieron presentan numerosas repeticiones. Las cartas —cada vez más escasas— de los años anteriores a la toma del poder por los nazis, al igual que las escritas durante la contienda, se publican, en cambio, íntegras.

Hemos incorporado asimismo otros documentos hallados en Tel Aviv, sobre todo extractos del diario de Gudrun y de los diarios que mantuvo Marga sobre la infancia de su hija y, más tarde, del niño que acogieron. El resto se ha obtenido del legado de Himmler que se conserva en el archivo federal de Coblenza: fragmentos de la agenda de bolsillo del líder nacionalsocialista, cartas de Gudrun a su padre y documentos y cartas de Hedwig Potthast. De gran ayuda han sido, junto a las extensas biografías de Himmler de Peter Longerich (2008) y Klaus Mues-Baron (2011), las ediciones de la agenda de trabajo y la de bolsillo de Himmler correspondientes a los años 1937, 1940, 1941 y 1942.

Entre las cartas transcritas se han incorporado comentarios, a fin de aclarar durante la lectura el contexto y el trasfondo de las personalidades, los acontecimientos y los lugares más relevantes. Datos detallados sobre los nombres que se mencionan se pueden consultar en el glosario incluido en el apéndice del libro. A este respecto hemos seleccionado de forma consciente aquellos que son importantes para comprender los escritos. Hemos decidido no ofrecer un registro biográfico sobre aquellas personas que se encuentran bien documentadas en enciclopedias pertinentes al Tercer Reich. Para realizar los comentarios y el glosario de personas se evaluaron sobre todo los extensos fondos del Bestand NS 19 (Estado Mayor personal del *Reichsführer*), además de numerosos otros documentos del archivo federal de Berlín-Lichterfelde: material de la dirección de las SS, información de los militantes del NSDAP y expedientes de personas de la Oficina Central de la Raza y el Reasentamiento.

A fin de favorecer la lectura, nos hemos ceñido a unas cuantas notas al pie de página y renunciado a indicar las fuentes. Una extensa bibliografía y fuentes se encuentran al final del libro. En los comentarios se han usado los topónimos alemanes utilizados en la época de la que data la correspondencia; los actuales se incluyen entre paréntesis.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).